

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

CUADERNOS
QUINCENALES

DE LETRAS
Y CIENCIAS

RUBÉN DARÍO

POEMAS

(Edición de homenaje en el
cuarto aniversario de la
muerte del poeta.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
RECONQUISTA 575
Buenos Aires
1920

Direc. y Adm.
Reconquista 375

EDICIONES SELEKTAS
AMERICA

U. Telef. 827
(Rivadavia)

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

(APARECEN EL 5 Y EL 20 DE CADA MES)

DIRECTOR

SAMUEL GLUSBERG

Año I _____ **Tomo I**

<i>Amado Nervo</i>	Florilegio III Edición
<i>José Ingenieros</i>	La moral de Ulises II Ed.
<i>Almafuerte</i>	Espigas II Edición
<i>Julio Herrera y Reissig</i>	Opalos II Edición
<i>Martin Gil</i>	Cielo y Tierra
<i>Ernesto Mario Barreda</i>	Canciones para los niños
<i>Eduardo Talero</i>	Amado Nervo
<i>Alberto Gerchunoff</i> ...	Cuentos de ayer
<i>Leopoldo Lugones</i>	Rubén Darío
<i>Florentino Ameghino</i> ..	Los cuatro infinitos.
<i>Rafael Alberto Arrieta</i>	Selección lírica
<i>Vicente A. Salaverri</i> ..	La visión optimista

Año II _____ **Tomo II**

<i>Fernández Moreno</i>	Versos de Negrita
<i>Joaquín V. González</i> ..	Música y Danzas Nativas
<i>Rubén Darío</i>	Poemas

En nuestra administración quedan algunas colecciones del primer tomo que vendemos encuadradas al precio de \$ 5 ¹⁰⁰/₁₀₀ c/u. A los suscriptores o a las personas que se suscriban desde ahora, acordamos el 15 % de descuento. — Número atrasado c/u. 0.40 ¹⁰⁰/₁₀₀.

"Buenos Aires"

Cooperativa Editorial Limitada

Ultimas publicaciones:

Máximo Gorki

por ALEJANDRO CASTIÑERAS

Un huerto de manzanas

por ALBERTO NIN FRÍAS

La senda clara

por ARMANDO DONOSO

En este libro, prologado por don Leopoldo Lugones, ha reunido el eminente y joven crítico chileno sus últimos estudios de literatura y filosofía.

Modos de ver

por MARTIN GIL

Es esta la obra más interesante que ha publicado el conocidísimo y admirado escritor y hombre de ciencia.

El Salvaje

por HORACIO QUIROGA

Nuevos cuentos del escritor que es reconocido por todos como el más grande maestro del género en nuestra América.

De venta en nuestra administración y en las principales librerías de la Argentina, Uruguay y Chile,

a S 2.50

Lea usted:

Nacha Regules

Novela de Manuel Gálvez

Este libro es la historia, dolorosa y humana, de una muchacha de mala vida. En cierto modo continúa. «El mal metafísico», pues el relato comienza el día que muere Carlos Riga, el protagonista de aquella novela. Por las páginas atormentadas, nerviosas, estremecidas, y discretamente líricas de *Nacha Regules*, pasa una triste humanidad una, caravana de seres lamentables y sufrientes. *Nacha Regules* refleja una faz de la mala vida bonaerense. Es el más palpitante, viviente y humano de los libros de Manuel Gálvez, y su trascendencia social le da enorme actualidad.

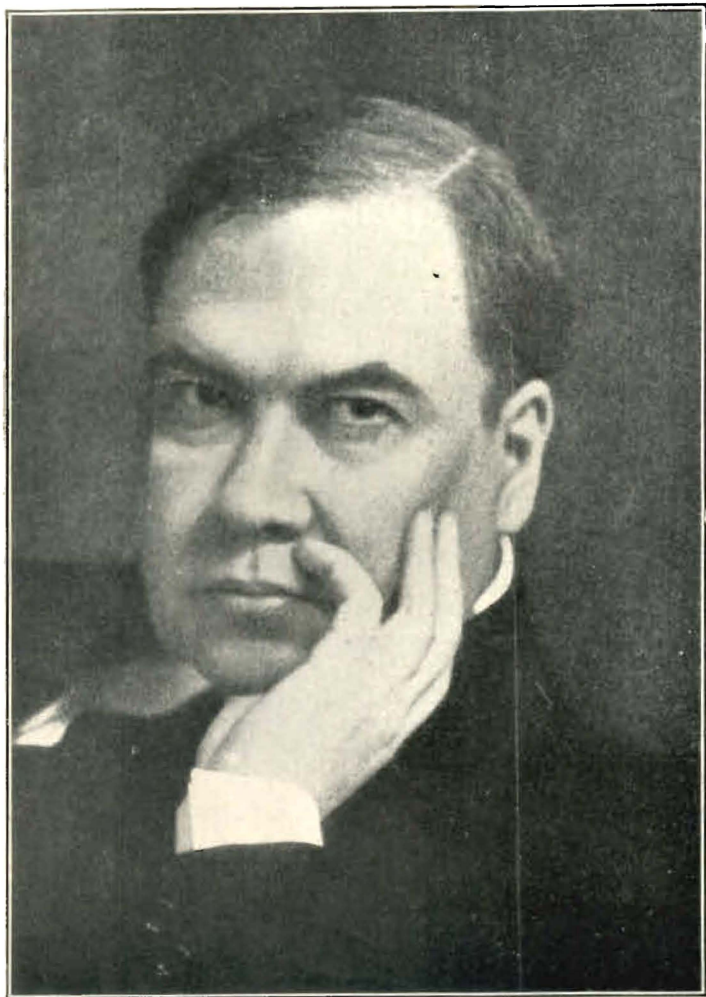
EDICIONES SELECTAS
AMERICA

RUBÉN DARÍO

POEMAS

(Edición de homenaje en el
cuarto aniversario de la
muerte del poeta.)

DIRECTOR
SAMUEL GLUSBERG
BUENOS AIRES
1920



BENJAMIN ITASPES*

Itaspes, en sus momentos de exaltación, hablaba al mar como una divinidad o ser inteligente; le hablaba en voz alta, o a media voz, como cuando decía, todas las noches, su padrenuestro, pues había conservado, a pesar de su espíritu inquieto y combatido, y de su vida agitada y errante, muchas de las creencias religiosas que le inculcaron en su infancia, allá en un lejano país tropical de América.

Benjamín Itaspes gustaba poco del trato de *la gente*, de la *bêtise* circulante, que se manifiesta por la usual y consuetudinaria conversación, del vulgo municipal y cspeso, como él decía. Así como gustaba de comunicar con los espíritus sencillos, con los campesinos simples, con los marineros, y con los viejecitos y viejecitas de

* Estas páginas fragmentos de «El oro de Mallorca» novela inconclusa y no publicada de Rubén Darío, constituyen uno de los más sagestivos documentos humanos. Bajo el transparente velo de Benjamín Itaspes, *músico célebre*, se ocultaba el propio Rubén Darío, según confesión. por otra parte inútil, que de viva voz hizo el autor pocos días antes de morir.

pocas luces que viven de recuerdos y cuentan curiosas cosas pasadas que ellos presenciaron. Almorzó, pues, solo, en el barco. Al fin de la comida, se atrevió contra las prescripciones del médico. . . . Y aunque recordó sus dolencias y sintió punzadas y molestias de la gastritis, se encontró con buen ánimo, con la esperanza de que pronto el aire y la tierra encantada de la isla de Mallorca, y la bondad de los amigos en cuya mansión había de hospedarse, en una región sana y deliciosa, y el ejercicio, y sobre todo la paz y la tranquilidad, y el alejamiento de su vivir agitado de Francia, habían de devolverle la salud y el deseo de vivir y producir, el recomfortamiento de entusiasmo y de la pasión por su arte.

Notaba, con gran contentamiento, que no sentía la necesidad de los excitantes, lo cual contribuiría, según los médicos, al completo restablecimiento de su bienestar físico y moral. Aunque se encontraba débil después de la última crisis que le postrara por largos días en cama, no recurría a los por toda su pasada vida habituales alcoholes. Apenas, de cuando de cuando, si las fuerzas estaban muy flacas, tomaba unos sorbos de un vino medicinal de quina, amargo y meloso a un tiempo, que si le fortalecía por instantes; le causaba ardores y alfilerazos estomacales. Tenía sus consecutivos padecimientos por do más pecado había; porque el quinto y el tercero de los pecados capitales habían sido los que más se habían posesionado desde su primera edad, de su cuerpo sensual y de su alma inquieta e inquietante.

Ahora, cabalmente, estaba pagando antiguas cuentas, Como se dice, aquellos polvos traían estos lodos. Más

se decía:—Pero, Dios mío, si yo no hubiese buscado esos placeres que, aunque fugaces, dan por un momento el olvido de la continua tortura de ser hombre, sobre todo cuando se nace con el terrible mal de pensar, ¿que sería de mi pobre existencia, en un perpetuo sufrimiento, sin más esperanza que la probable de una inmortalidad a la cual tan solamente la fe y la pura gracia dan derecho? Si un bebedizo diabólico, o un manjar apetecible, o un cuerpo bello y tentador, me anticipa, *al contado*, un poco de paraíso, ¿voy a dejar pasar esa seguridad por algo de que no tengo propiamente una segura idea? Y hablando con su corazón y de verdad, en lo íntimo de sus voliciones, se presentaba a lo infinito tal como era, lleno de ánimo y de incontenibles instintos. Y así besaba, o comía o absorbía sus bebedizos que le transformaban y modificaban pensamiento y sentimiento. Y como desde que tuvo uso de razón de su vida había sido muy contradictoria y muy amargada por el destino, había encontrado un refugio en esos desdenes momentáneos, cuya posesión traía después irremisiblemente horas de desesperanza y abatimiento. Mas se había aprisionado en el tiempo, aunque fuese por instantes, la felicidad relativa, en una trampa de ensueño.

Era la primera vez que necesitaba verdaderamente de un largo reposo, de un dilatado contacto con la naturaleza; de un alejamiento de la ciudad abrumadora, de la tarea precisa, casi mecánica, que le agriaba el entendimiento, del fingido hogar que le habían traído las consecuencias de una vida *manquéé*, del padecimiento moral incesante que agrababa el inveterado recuerdo de los

excitantes de los alcoholes de pérflida ayuda. Se encontraba a los cuarenta y tantos años fatigado, desorientado, poseído de las incurables melancolías que desde su infancia le hicieran meditabundo y silencioso, escasamente comunicativo, lleno de una fatal timidez, en una necesidad continua de afectos, de ternura, invariable solitario, eterno huérfano. Gaspar Hauser, sin alientos, sin más consuelo que el arte amado y por el mismo doloroso, y el humo dorado de la gloria en que Dios le había envuelto para calma de su incurable desolación.

Su salud física, hasta entonces robusta, empezaba a decaer. Ni en su infancia ni en su juventud había hecho ejercicios musculares. Su aspecto era de hombre fornido y bien plantado, pero su debilidad era extrema. No había frecuentado gimnasios, ni hecho servicio militar, ni se había dedicado a deportes. Y, sobre todo esto, desde su adolescencia, pasadas en climas ardorosos y agostadores, había sido el enemigo de su cuerpo a causa de su ansia de goces, de su imaginación exaltada, de su sensualidad que complicó después con lecturas e iniciaciones, su innato deseo de gozar del instante, con todo y su educación religiosa. Un temperamento erótico atizado por la más exuberante de las imaginaciones, y su sensibilidad mórbida de artista, su pasión musical, que le exacerbaba y le poseía como un divino demonio interior. En sus angustias, a veces inmotivadas, se acogía a un vago misticismo, no menos enfermizo que sus exaltaciones artísticas. Su gran amor a la vida estaba en contraposición con un inmenso pavor de la muerte. Era ésta para él como una fobia, como una idea fija. Cuando ese clavo

de hielo metido en el cerebro le hacía pensar en el inevitable fin, si estaba en soledad, sentía que se le erizaba el pelo como a Job al roce de lo nocturno invisible.

Tantos años errantes, con la incertidumbre del porvenir, después de haber padecido los entreveros de una existencia de novela; en una labor continua, con alternativas de comodidad y de pobreza; con instintos y predisposiciones de archiduque y necesitado casi siempre y sin poder satisfacer sino por corto período de tiempo sus necesidades de bienestar y aun de lujo, amigo de bien parecer, de bien comer, de bien beber y de bien gozar como era; cansado ya de una copiosa labor cuyo producto se había evaporado por día; asqueado de la avaricia y mala fe de los empresarios, de los *patrones*, de los explotadores de su talento, dolorido de las falsas amistades, de las adulaciones interesadas, de la ignorancia agresiva, de la rivalidad inferior y traicionera; desencantado de la gloria misma, y de la infamia disfrazada y adornada y halagadora de los grandes centros, se veía en víspera de entrar en la vejez, temeroso de un derrumbamiento fisiológico, medio neurasténico, medio artrítico, medio gástrico, con miedos y temores inexplicables, indiferente a la fama, amante del dinero por lo que da independencia, deseoso de descanso y de aislamiento y, sin embargo, con una tensión hacia la vida y el placer—¡al olvido de la muerte!—como durante toda su vida. Curioso Benjamín Itaspes.

RUBÉN DARÍO.

«Nosotros» 1917.

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de los tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fué juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia
— una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fué porque Dios es bueno.

En mi jardín se vió una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
un alma jóven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de «te adoro», de «ay» y de suspiro.

POEMAS

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas,

con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay una alma sincera, ésa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
quise encerrarme dentro de mí mismo,
y tuve hambre de espacio y sed de cielo
desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
en el jugo del mar, fué el dulce y tierno
corazón mío, henchido de amargura
por el mundo, la carne y el infierno.

Más, por gracia de Dios, en mi conciencia,
el bien supo elegir la mejor parte;
y si hubo áspera hiel en mi existencia,
melificó toda la acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
bañó el agua castalia el alma mía,
peregrinó mi corazón y trajo
de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
emanación del corazón divino
de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
fuente cuya virtud vence el destino!

Bosque ideal que lo real complica,
allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
mientras abajo el sátiro fornicia,
ebria de azul deslíe Filomela

Perla de ensueño y música amorosa
en la cúpula en flor del laurel verde,
hipsipila sutil liba en la rosa,
y la boca del fauno el pezón muere.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
y la caña de Pan se alza del lodo;
la eterna Vida sus semillas siembra,
y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda;
temblando de deseo y fiebre santa,
sobre cardo heridor y espina aguda:
así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
produce la interior llama infinita;
el Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
y la verdad inaccesible asombra;
la adusta perfección jamás se entrega,
y el secreto Ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella;
el agua dice el alma de la fuente
en la voz de cristal que fluye d'ella.

Tal fué mi intento, hacer del alma pura
mía una estrella, una fuente sonora,
con el horror de la literatura
y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
que los celestes éxtasis inspira,
bruma y tono menor — ¡toda la flauta!,
y Aurora, hija del Sol — ¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
pasó una flecha que aguzó un violento.
La piedra de la honda fué a la onda,
y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
con el fuego interior todo se abrasa;
se triunfa del rencor y de la muerte,
¡Y hacia Belén... la caravana pasa!

LETANÍA DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

REY de los hidalgos, señor de los tristes,
que de fuerzas alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón.

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contrá la verdad...

Caballero errante de los caballeros,
barón de barones, príncipe de fieros,
par entre los pares, maestro, ¡salud!
¡Salud, porque juzgo que hoy muy poca tienes,
entre los aplausos o entre los desdenes,
y entre las coronas y los parabienes
y las tonterías de la multitud!

¡Tú, para quien pocas fueran las victorias
antiguas, y para quien clásicas glorias
serían apenas de ley y razón,
soportas elogios, memorias, discursos,
resistes certámenes, tarjetas, concursos,
y, teniendo a Orfeo, tienes a orfeón!

Escucha, divino Rolando del sueño,
a un enamorado de tu Clavileño
y cuyo Pegaso relincha hacia tí;
escucha los versos de estas letanías,
hechas con las cosas de todos los días
y con otras que en lo misterioso vi.

¡Ruega por nosotros, hambrientos de vida,
con el alma a tientas, con la fe perdida,
llenos de congojas y faltos de sol,
por advenedizas almas de manga ancha
que ridiculizan el ser de la Mancha,
el ser generoso y el ser español!

¡Ruega por nosotros, que necesitamos
 las mágicas rosas, los sublimes ramos
 de laurel! *Pro nobis ora*, gran señor.
 (Tiembla la floresta de laurel del mundo,
 y antes que tu hermano vago, Segismundo,
 el pálido Hamlet te ofrece una flor.)

Ruega, generoso, piadoso, orgulloso;
 ruega casto, puro, celeste animoso;
 por nos intercede, suplica por nos,
 pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
 sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
 sin pies y sin alas, sin Sancho y sin Dios.

De tantas tristezas, de dolores tantos,
 de los superhombres de Nietzsche, de cantos
 afonos, recetas que firma un doctor,
 de las epidemias de horribles blasfemias
 de las Academias,
 ¡líbranos, señor!

De rudos malsines,
 falsos paladines
 y espíritus finos y blandos y ruines,
 del hampa que sacia
 su canalocracia
 con burlar la gloria, la vida, el honor,
 del puñal con gracia,
 ¡líbranos, señor!

Noble peregrino de los peregrinos,
que santificaste todos los caminos
con el paso augusto de tu heroicidad,
contra las certezas, contra las conciencias
y contra las leyes y contra las ciencias,
contra la mentira, contra la verdad. . .

¡Ora por nosotros, señor de los tristes,
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de áureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón!

LOS MOTIVOS DEL LOBO

El varón que tiene corazón de Lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asis,
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa, de sangre y robo,
las fauces de furia, los ojos del mal;
el lobo de Gubbia, el terrible lobo.
Rabioso ha asolado los alrededores,
cruel ha deshecho todos los rebaños;
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertos y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los más bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió:
 al lobo buscó
 en su madriguera.
 Cerca de la cueva encontró a la fiera
 enorme, que al verle se lanzó feroz
 contra él, Francisco. con su dulce voz,
 alzando la mano,
 al lobo furioso dijo:—*¡Paz hermano,
 lobo!* El animal
 contempló al varón de tosco sayal,
 dejó su aire arisco,
 cerró las abiertas fauces agresivas,
 y dijo:—*¡Está bien, hermano Francisco!*
¡Cómo!—exclamó el santo.—*¿Es ley que tu vivas
 de horror y de muerte?*
*¿La sangre que vierte
 tu hocico diabólico, el duelo y espanto
 que esparces, el llanto
 de los campesinos, el grito, el dolor
 de tanta criatura de Nuestro Señor?*
¿No han de contener tu encono infernal?
¿Vienes del infierno?
¿Te has infundido acaso su rencor eterno?
Luzbel o Belial?

Y el gran lobo, humilde:—*¡Es duro el invierno,
 y es horrible el hambre! En el bosque helado
 no hallé qué comer, y busqué el ganado,
 y en veces comí ganado y pastor.*
¿La sangre? Yo vi más de un cazador

*sobre su caballo, llevando el azor
al puño; o correr tras del jabalí,
el oso y el ciervo; y a más de uno vi
mancharse de sangre, herir, torturar
de los roncas trompas el sordo clamor
a los animales de Nuestro Señor.*

Y no era por hambre que iban a cazar.

Francisco responde:—*En el hombre existe
mala levadura.*

*Cuando nace viene con pecado. Es triste.
Mas el alma simple de la bestia es pura.*

*Tu vas a tener
desde hoy que comer.*

*Dejarás en paz
rebaños y gentes en este país.*

¡Que Dios melifique tu ser montaraz!

—*Está bien hermano Francisco de Asís.*

—*Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata.*

El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.

Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.

Y dijo: — *He aquí una amable caza.*

*El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya nuestro enemigo,
y no repetir su ataque sangriento.
Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios. — ¡Así se al,*
contestó la gente toda de la aldea.

Y luego, en señal
de contentamiento
movió testa y cola el buen animal,
y entró con Francisco de Asís al convento,

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.

Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle.

iba por el monte, descendía al valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,
desapareció, tornó a la montaña,
y recomenzaron su aullido y su saña.
Otra vez sintióse el temor, la alarma,
entre los vecinos y entre los pastores;
colmaba el espanto los alrededores,

de nada servían el valor y el arma,
 pues la bestia fiera
 no dió treguas a su furor jamás,
 como si tuviera
 fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,
 todos lo buscaron con quejas y llanto,
 y con mil querellas dieron testimonio
 de lo que sufrían y perdían tanto
 por aquel infame lobo del demonio,

Francisco de Asís se puso severo.
 Se fué a la montaña
 a buscar al falso lobo carnicero.
 Y junto a su cueva halló a la alimaña.
 —*En nombre del Padre del sacro universo,*
conjúrote, dijo, ¡oh, lobo perverso!
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?
Contesta. Te escucho.

Como en sorda lucha, habló el animal,
 la boca espumosa y el ojo fatal:
 —*Hermano Francisco, no te acerques mucho...*
Yo estaba tranquilo allá, en el convento,
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.
Mas empecé a ver que en todas las casas
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,
y en todos los rostros ardian las brasas

de odio, de lujuria, de infamia y mentira.
Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,
y un buen día todos me dieron de palos.
Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes.
todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así, me apalearon y me echaron fuera.
Y su risa fué como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.
Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar.
Como el oso hace, como el jabalí,
que para vivir tiene que matar.
Déjame en el monte, déjame en el risco,
rete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada
 Le miró con una profunda mirada,
 y partió con lágrimas y con desconsuelos,
 y habló al Dios eterno con su corazón.
 El viento del bosque llevó su oración,
 que era: *Padre nuestro, que estás en los cielos*

CANCIÓN DE OTOÑO EN PRIMAVERA

JUVENTUD, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña en este
mundo de duelo y de aflicción.

Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor,
Era su cabellera oscura
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño,
Ella, naturalmente, fué,
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!...
Cuando quiero llorar, no lloro.
y a veces lloro sin querer...

La otra fué más sensitiva,
y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continúa ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé...
Y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe...

¡Juventud, divino tesoro,
te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón,

poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
imaginar siempre un Edén,
sin pensar que la Primavera
y la carne acaban también...

¡Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
¡Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer!

¡Y las demás! En tantos climas,
en tantas tierras, siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
que estaba triste de esperar.
La vida es dura. Amarga y pesa.
¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
mi sed de amor no tiene fin;
con el cabello gris me acerco
a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver...
Cuando quiero llorar, no lloro,
y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de oro!

LA CANCIÓN DE LOS PINOS

¡OH pinos, oh hermanos en tierra y ambiente.
yo os amo! Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
habéis sido mástil, proscenio, curul,
¡oh pinos solares, oh pinos de Italia!,
bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
en medio de brumas glaciales y en
montañas de ensueños, ¡oh pinos nocturnos,
oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
tendiendo a la dulce caricia del mar,
¡oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos
la Isla Dorada me ha dado un rincón
do sonar mis sueños, encontré los pinos,
los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos,
por su aroma, aroma de una inmensa flor;
por su aire de monjes, sus largos cabellos,
sus savias, ruidos y nidos de amor.

¡Oh pinos antiguos que agitara el viento
de las epopeyas, amados del sol!
¡Oh líricos pinos del Renacimiento
y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso
del aire violento que forma al pasar
ruidos de pluma, ruidos de raso,
ruidos de agua y espuma de mar.

¡Oh noche en que traje tu mano, Destino,
aquella amargura que aún hoy es dolor!
La luna argentaba lo negro de un pino,
y fui consolado por un ruiseñor.

Románticos somos... ¿Quién que Es, no es romántico?
Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
aquel que no sepa de beso y de cántico,
que se ahorque de un pino; será lo mejor...

Yo, no. Yo persisto. Pretéritas normas
confirman mi anhelo, mi ser, mi existir.
¡Yo soy el amante de ensueños y formas
que viene de lejos y va al porvenir!

LO FATAL.

DICHOSO el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente,
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,
y el temor de haber sido y un futuro terror...,
y el espanto seguro de estar mañana muerto,
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,
y la carne que tienta con sus frescos racimos,
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,
y no saber adónde vamos,
¡ni de dónde venimos...!

EDICIONES SELECTAS
AMERICA

Cuadernos Quincenales de Letras y Ciencias

Aparecen el 5 y el 20 de cada mes

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Reconquista 375

U. T. 827, Rivadavia

BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(ADELANTADA)

Argentina :

Por año	\$ m/n 5.00
» seis meses	» 2.50
Número suelto (en la Capital)	» 0.20
» » (en el Interior)	» 0.25
Números atrasados (del primer tomo) en toda la República	0.40

Exterior:

Por año	\$ o/s. 2.50
» seis meses	» 1.30
Número suelto	» 0.15
» atrasado	» 0.25

Las suscripciones y pedidos de libros, deben dirigirse a nuestra administración a nombre de LEONARDO GLUSBERG, acompañando el importe correspondiente.

LAS EDICIONES SELECTAS «AMÉRICA» se venden en todas las librerías y quioscos de los países americanos. Exclusividad de la «Editorial Tor» Victoria 788 Bs. Aires, para el interior y exterior de la República.

"LA CULTURA ARGENTINA" Ediciones de Obras Nacionales

EN VENTA:

Biblioteca formato mayor \$ 2 m.n.

Mariano Moreno. — Escritos políticos y económicos.

Juan M. Gutiérrez. — Origen de la enseñanza pública superior.

Juan M. Gutiérrez. — Ensayo sobre Juan Cruz Varela.

Vicente Fidel López. — La novela del Hereje o la inquisición en Lima.

Domingo F. Sarmiento. — Conflictos y armonías de las razas.

Bartolomé Mitre. — Rimas.

Manuel Bilbao. — Historia de Rosas.

Martin García Mérou. — Ensayo crítico sobre Alberdi.

Florentino Ameghino. — Antigüedades del hombre en el Plata (2.^a P.).

Vicente G. Quesada. — Vida intelectual en la América Española.

Carlos Octavio Bunge. — Nuestra América.

Biblioteca formato menor \$ 1 m.n.

Manuel Moreno. — Vida de Mariano Moreno.

Bernardino Monteagudo. — Escritos políticos.

Esteban Echeverría. — Dogma socialista y plan económico.

Francisco J. Muñiz. — Escritos científicos.

Juan B. Alberdi. — El crimen de la guerra.

Juan B. Alberdi. — Derecho Público Provincial Argentino.

Domingo F. Sarmiento. — Recuerdos de Provincia.

Domingo F. Sarmiento. — Argirópolis.

Marco Sastre. — El Tempe Argentino.

Bartolomé Mitre. — Ensayos Históricos.

José Mármol. — Cantos del Peregrino.

José Hernández. — Martín Fierro. — La vuelta de Martín Fierro.

Ricardo Gutiérrez. — Poemas.

Vicente G. Quesada. — Historia colonial argentina.

Nicolás Avellaneda. — Escritos literarios.

Francisco Ramos Mejía. — El federalismo argentino.

Martin García Mérou. — Recuerdos literarios.

José L. Gorriti. — Reflexiones.

Lucio V. López. — Recuerdos de viaje.

Pedro Goyena. — Críticas literarias.

Miguel Cané. — Prosa ligera.

Miguel Cané. — En Viaje (1881-1882).

Miguel Cané. — Notas e impresiones.

Miguel Cané. — Enrique IV de Shakespeare.

Miguel Cané. — Ensayos.

Miguel Cané. — Conferencias y Discursos.

Santiago Calzadilla. — Las Bellezas de mi tiempo.

Florentino Ameghino. — Doctrinas y descubrimientos.

Agustín Alvarez. — La creación del mundo moral.

Agustín Alvarez. — Manual de patología política.

Agustín Alvarez. — Educación Moral. — Tres Repiques.

Agustín Alvarez. — South América.

Agustín Alvarez. — La Transformación de las Razas en América.

Agustín Alvarez. — Historias de las Instituciones Libres.

Agustín Alvarez. — La herencia moral de los pueblos.

Juan B. Ambrosetti. — Supersticiones y leyendas.

Evaristo Carriego. — Misas heréticas. — La canción del barrio.

Raquel Camaña. — Dilettantismo sentimental.

Carlos Ortiz. — El poema de las Mieses.

Carlos Ortiz. — Rosas del crepúsculo.

José de Maturana. — Naranja en flor.

ADMINISTRACIÓN GENERAL

VACCARO

AV. DE MAYO 638
BUENOS AIRES

LA G. BO. NO. 1212
LA REVISTA

EN EL PRÓXIMO CUADERNO:

La pena monstruosa

por ARTURO CAPDEVILA.